

CICATRICES



NOVELA

ARMANDO LEÓN

Cicatrices, Volumen 4 de la Serie Cuatro historias policiales de La Habana

Primera Edición: AMAZON, Enero de 2016

ISBN: 5990865

Derechos Reservados Armando Andrés León Viera (2016)

Ilustración de portada: foto de la serie “Cementerio”, de Sergio Frank Cristóbal Calaña

Muy especialmente a la memoria de mis padres,
Armando León Acosta y Juana Viera Mirabal,
hombre y mujer de principios.

A mis sobrinos, Sergito y Selmita, con mucha esperanza.

"En época de mentiras, contar la verdad
se convierte en un acto revolucionario"

George Orwell.

“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”.

Mientras revisaba su ejemplar de la edición, ilustrada por el reconocido pintor Roberto Fabelo, con que Cuba homenajeaba el cumpleaños 80 del Premio Nobel colombiano, el párrafo que inició el camino de García Márquez hacia la inmortalidad trajo a la mente de Alejandro una pregunta, de esas que él llama “jodedoras”: ¿qué carajo habría pensado el general Arnaldo Ochoa frente a su pelotón de fusilamiento?

Aquel proceso, con una versión oficial cargada, en términos cinematográficos, de errores de guión, edición y montaje, había marcado un momento oscuro de la historia contemporánea de la Isla, y dado una pauta para infinidad de especulaciones y conclusiones. La Causa Número 1 de 1989 quedaría como una cicatriz en la conciencia nacional. Una más, entre tantas cicatrices.

Dándole vueltas a la palabra, llegó a la conclusión de que todos portamos cicatrices: de algunas, como el guerrero, nos enorgullecemos; otras nos resultan indiferentes, pues no significaron nada, y están también las que nos molestan, porque evocan recuerdos que preferiríamos borrar. Pero cada una de ellas es un fragmento de nuestra biografía, personal o colectiva. La cicatriz, además de marcar la piel, o la conciencia, guarda la historia de un dolor al que se sobrevivió.

- ¡Coño, qué buen título: “Cicatrices”! – pensó en voz alta,

extrañado por el hecho, verdaderamente inusual, de haberlo encontrado antes de escribir la primera línea de su novela.

Jandro se despertó temprano. La última media hora no había sido de sueño profundo y relajado, sino de semi-vigilia. Abandonó la cama, convencido de que no valdría la pena quedarse remoloneando en ella, sobre todo porque tenía ideas frescas para la novela que planeaba escribir, y sabía que era mejor plasmarlas ahora, aunque no estuviesen acabadas, que dejarlas para luego y arriesgarse a olvidarlas, como ya le había pasado antes.

Fue al baño y en pocos minutos completó el aseo. De allí a la cocina, para hacer la primera colada del día, y tras servirse el café en vaso, para refrescarlo un poquito y que no quemase garganta abajo, encendió el primer cigarrillo.

Regresó al cuarto y encendió el *back up*, que protegía a la computadora de los frecuentes altibajos del voltaje en La Habana y acto seguido apretó el interruptor de la máquina. Mientras el equipo iniciaba el ritual de *Microsoft Windows*, aprovechó para recoger la sábana de taparse, ordenar las almohadas y tender la cama. Luego se sentó a escribir.

En el catre ocupaba menos espacio que sus dos hermanas, pese a ser el primogénito. Sus amiguitos, sobre todo los mayores, lo mortificaban llamándolo “renacuajo”, hasta que se acostumbró. Ser pequeño y delgadito también tenía sus ventajas, pues podía escurrirse por las rendijas que les impedían el paso a los demás, y nadie le negaba “una vueltecita” en las pocas chivichanas o carriolas que se hicieron desarmando algún que otro patín, y juntando pedazos de madera y otros materiales de desecho, porque un fiñe tan liviano no podía romper el más frágil de aquellos engendros tan populares entre los niños más pobres del barrio de Cayo Hueso de 1959.

Aquella madrugada se encogió cuanto pudo, en posición fetal, cerró los ojos con tanta fuerza que empezó a ver estrellitas blancas, y se tapó los oídos con los dedos índices. Aun así oyó cada una de las palabrotas de él, y los ahogados quejidos de ella y, por último, el portazo brutal. Se quedó tranquilito, esperando que pasara el tiempo para comprobar que había sido una pesadilla. Un rato después, nunca supo cuánto, entreabrió los ojos y vio a su madre levantándose trabajosamente del suelo: le faltaban dos dientes, la boca le sangraba y el párpado izquierdo estaba cerrado por la hinchazón. Justo cuando terminó de abrir los ojos, se orinó.

No era común que la Dirección de Operación e Investigación Penal (DOIP) y la Dirección General de Inteligencia (DGI) del Ministerio del Interior aunaran fuerzas y recursos en la investigación de un caso. Sin embargo, el rumbo tomado por uno muy peculiar llevó a los coroneles Aníbal Céspedes y Eric Fernández, amigos entrañables, a poner todo su empeño en desentrañar y exponer ante la máxima dirección del MININT una red de proxenetismo y prostitución dirigida, en la capital de Cuba, por tres oficiales de la Seguridad del Estado, específicamente de la Dirección de Contrainteligencia.

Cuando, siguiendo los canales establecidos, presentaron su caso al general Hipólito, entonces viceministro del Interior, sufrieron una de las más profundas decepciones de sus carreras: el jefe descalificó aquella investigación y acusó a los coroneles de haber llevado a cabo una venganza personal contra los oficiales presuntamente involucrados.

Poco tiempo después, la ejecución simultánea, en sus respectivos lugares de residencia, de aquellos tres oficiales corruptos, desató gran alarma en las Fuerzas Armadas. Los coroneles Céspedes y Fernández profundizaron sus búsquedas y pudieron llegar a la raíz de la inexplicable e insólita reacción del viceministro.

El coronel Eustaquio Patterson, el mayor Juan Arias y el capitán Rafael Vega habían creado la red de prostitución con el consentimiento del general Hipólito, quien recibía semanalmente una sustancial tajada de las ganancias de aquel negocio en la capital del país. Fue el propio general quien reprodujo aquella experiencia en Varadero, Ciego de

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

